

rie americana. Charles Boyer fue el prototipo del francés distinguido, de la misma forma que Maurice Chevalier lo sería del parisino bohemio y picarón.

Charles Boyer venía ya con una carrera de actor teatral y con varias películas en su haber (la primera data de 1920). En Hollywood, a las órdenes de directores de prestigio —Fritz Lang, Gregory la Cava, Anatole Litvak, Mitchell Lelens, Lubitsch, Sirk, Cukor, Minelli o Preminger— desarrolló una carrera de galán justo en la época en que los galanes determinaban el éxito de las taquillas.

Boyer era ambicioso. Y en 1934 se nacionalizaba norteamericano con la seguridad de que así no perdía la oportunidad de Hollywood. Su tendencia a engordar y el poco pelo eran amenazas reales que pesaban sobre él. Y sobre los galanes todos, la dificultad de la competencia concretada en aquella implecable elección de Greta Garbo cuando decidió que Robert Taylor sería su oponente en "Margarita Gautier". Era una exclusión feroz para quienes sólo disponían de juventud y de la oportunidad de compartir repartos con las grandes estrellas. Charles Boyer supo introducir entonces en su personaje una sabia ironía que aumentaba el prestigio de su elegancia francesa, pero le abría al tiempo las puertas del futuro. Katherine Hepburn, Rita Hayworth o Ingrid Bergman fueron algunas de las estrellas con las que entonces trabajó y "Luz de gas", de George Cukor, le convirtió en un excelente actor (aunque no sería hasta 1953 cuando realizara el mejor trabajo de su vida: el general de "Madame D...", a las órdenes del general Max Ophüls).

Sin embargo, más que un actor, fue un tipo. Uno de los excelentes productos lanzados o inventados por Hollywood que sirvieron las leyendas y aumentaron los ingresos. Hasta hace poco, aún aparecía Charles Boyer en las pantallas del mundo (había sabido alternar películas americanas con otras francesas y alemanas); "Los cuatro jinetes del Apocalipsis", "Funny", "Arde París", "Descalzos por el parque" o "La loca de Chaillet" aún recordaban aquel Charles Boyer de "Tú y yo", "El cielo y tú", "La ninfa constante" o "Si no amaneciera"; había cambiado simplemente su aspecto romántico por el de maduro vivaracho y conservador que nunca dejara de gustar a su público femenino.

Charles Boyer ha muerto ahora, a sus ochenta y un años. Dos días después de que falleciera su esposa, la actriz Pat Paterson, con la que contrajo matrimonio en 1934. Una fiel historia de amor que responde, en su vida privada, a la imagen cinematográfica clásica del actor: el romántico elegante que se sacrifica por quien ama. ■ DIEGO GALAN.

IGNAZIO SILONE

Soledad y muerte de un escritor antifascista

El escritor antifascista italiano Ignazio Silone murió la pasada semana en un hospital de Suiza sumido en la pobreza y en la soledad. Su vida le había anunciado ese fin.

Ignazio Silone nació el Día del Trabajo del primer año del siglo. Su lugar de nacimiento fue la casa de un pequeño terrateniente de los Abruzzos. Cuando tenía quince años y volvía de la escuela, un terremoto acabó con la mayor parte de su familia. El se salvó protegiéndose bajo un alféizar. Esta circunstancia lo puso en manos del Estado, que le hizo vivir las experiencias más traumáticas. De todas ellas escapó, como había huido del terremoto. En primer lugar, se fugó de la escuela religiosa en la que fue confinado. Después abandonó la disciplina eclesial del reformatorio y se dedicó a su actividad política. A los veintidós años, Ignazio Silone era un periodista que escribía en revistas defensoras del socialismo y representaba a las juventudes socialistas en un congreso del que debía surgir el Partido Comunista Italiano.

Ocho años de militancia política en el PCI bastaron para que Ignazio Silone tuviera motivos para escribir una de sus frases más célebres: "Nunca me he vuelto a sentir lo suficientemente atado a un partido como para contar mentiras en su nombre".

En 1929, en efecto, Ignazio Silone era depurado del PCI porque se negó a condenar a Trotsky y porque se enfrentó abiertamente con Stalin. Los estalinistas italianos justificaron la expulsión; Silone era un "renegado".

Su ruptura con el comunismo oficial es un calco de tantas otras rupturas. En 1927 asistió con Togliatti, que presidía el PCI, a un congreso de la Internacional Comunista que se celebraba en Moscú. En ese congreso se ponía en cuestión la política de Trotsky con respecto a China. Silone se opuso abiertamente al voto de censura que Stalin propiciaba contra su principal enemigo político. Silone fue excluido de la votación para garantizar la unanimidad contraria a las tesis de Trotsky. Tres años más tarde, el Trotsky italiano fue Silone.

Sólo veinte años más tarde, concluida la última guerra mundial y acabada la lucha antifascista que él siguió protagonizando a través del Partido Socialista Italiano, Ignazio Silone contó la historia de su disenso. Fue en un libro, *Dio fallito* ("El dios que



fracasó"), en el que Silone describe la habilidad dictatorial de Stalin y en el que explica la frustración que supuso para él el resultado de esta experiencia en el mundo del comunismo oficial.

Desde el exilio suizo —exiliado de su partido y exiliado de su tierra—, Ignazio Silone combatió, a partir de 1930 una grave tuberculosis, escribió su mejor novela, *Fontamara*, y contribuyó a reconstruir el Partido Socialista Italiano.

Fontamara fue saludada, sobre todo en el extranjero, donde inmediatamente fue traducida y citada como la primera novela antifascista de la historia de este siglo. En ella, el lenguaje es directo, claro, aunque, como escribía Eugenio Montale con ocasión de la muerte de Silone, "los personajes hablan como se escribe y no como se habla". El narcisismo literario está ausente. Es una novela de combate, que sirve para luchar contra el fascismo en Gran Bretaña, en Francia, en España, pero que en Italia se mantiene inédita hasta que se acaba la contienda contra Mussolini y Hitler, y Silone vuelve para intervenir en la redacción de la nueva Constitución de su país y para ocupar un escaño en representación del Partido Socialista, cuyos líderes, Nenni y Saragat, harán lo suficiente como para que Silone emprenda pronto un nuevo exilio personal.

La aproximación de Pietro Nenni al comunismo, por un lado, y, por otro, la adscripción de Giuseppe Saragat a las fórmulas moderadas de la socialdemocracia, dejaron a Silone, de nuevo, sin partido y sin casa. Era un caballero, un ser taciturno, meridional. La literatura le esperaba y también la soledad más profunda. Faulkner le habla comparado a Hemingway porque, como este último novelista norteamericano, era capaz de olvidarse de sí mismo para contar

una historia ajena y, sin embargo, relatar, en realidad, su autobiografía. Su decepción política fue la madre de sus sentencias más dramáticas. La experiencia con el PCI le enseñó que la dependencia de un partido no justifica la mentira sistemática. Su desencanto ante las actitudes de Nenni y Saragat lo convirtieron, según él, en "un socialista sin partido". Era, además, "un cristiano sin Iglesia". Un antifascista que, como escribió su amigo Sandro Pertini, Presidente de la República italiana, "se lleva consigo el ejemplo de una de las figuras más representativas de la lucha por la libertad, la democracia y la justicia social".

El manuscrito en el que trabajaba Silone antes de morir se titulaba *La speranza di Suor Severina*. Este socialista sin partido, este cristiano sin Iglesia, aludió muchas veces a sus obsesiones sobre el futuro de Italia. *L'avventura di un povero cristiano* (sobre la vida del Papa Celestino V) es uno de esos exámenes de conciencia en los que Silone señala una profecía que en alguna ocasión ya le había ganado la etiqueta de "renegado". Según él, el cristianismo y el socialismo debían confluir en su país, sin que esa convergencia fuera motivada por razones tácticas. En la vida y en la literatura, Ignazio Silone buscó siempre "una justificación espiritual, ética", escribía en el *Corriere della Sera* de Milán el periodista Leo Valiani. En su afirmación sobre la fusión de aquellas dos corrientes ideológicas, Ignazio Silone sólo estaba tratando, una vez más, de buscar alianzas que hicieran perdurables la democracia y la lucha contra cualquier clase de dictadura. El se conocía muy bien la escuela de los dictadores. Su descripción le valió la soledad perenne y la admiración. Era un ser singular, honesto, extraño en una época en la que la mentira recibe el nombre de verdad. Silone fue, como George Orwell, recordaba el *Times* de Londres hace unos días, un hombre que desconcertó e irritó a la izquierda y a la derecha por impedir que su propia identidad personal quedara sepultada bajo las etiquetas políticas más convenientes para cada época y cada situación.

El silencio en el que ha muerto en Ginebra el antifascista y antiestalinista Ignazio Silone es una consecuencia de esa independencia pertinaz que quiso mantener en las siete décadas de su vida. ■ SILVESTRE CODAC.